

Reflexiones sobre la guerra, el Mal y el fin de la historia

Autor: Bernard-Henri Lévy

Suma de Letras, Madrid, octubre de 2003

El nombre del filósofo y novelista francés (aunque nacido en Argelia) Bernard-Henri Lévy se encuentra, indefectiblemente, unido a la polémica. Muchos son sus rendidos admiradores, que se cuentan casi por igual número que sus encarnizados detractores. Es Lévy uno de esos hombres que con su palabra y argumentación goza del privilegio de alterar las conciencias y la insupportable quietud (sobre todo en estos últimos años) del pensamiento humano. Pensar y provocar¹, en suma.

Ésa ha sido la línea que ha seguido Lévy, fuertemente influido por la hecatombe ideológica del Mayo del 68, en su trayectoria intelectual. Una trayectoria camaleónica y polifacética que le sitúa tanto como novelista, filósofo o reportero (como él mismo se califica durante varios pasajes del libro que ahora comentamos).

Argelino de nacimiento, el cargo que ocupaba su padre le obligó a residir en París, donde pronto se hizo un hueco privilegiado entre los estudiantes galos de la École Normale Supérieure, teniendo como maestro y referencia al pensador y

renovador marxista Louis Althusser. Desde ese momento, y guiado por un fino olfato que le lleva a denunciar la injusticia allí donde se produce, Lévy ha visitado los lugares en los que el Mal (con mayúscula) se hace más presente, donde se rebela en toda su intensidad y extensión.

Estas *Reflexiones...* fueron, inicialmente, unos trabajos publicados en el famoso diario *Le Monde* al tradicional modo de relatos de viajes (unos viajes comprometidos, a los escenarios de la Guerra, del Mal, a los lugares perdidos que los grandes informativos olvidan o pretenden encubrir) durante los meses de mayo a junio del ya lejano (y convulso) 2001.

La terrible sacudida al orden mundial producida el 11 de septiembre de 2001 (con el derrumbe de las Torres Gemelas y el serio golpe a la idea de Democracia civilizada occidental) hace que Lévy inicie su libro con un nuevo indicio revisionista y, desgraciadamente, pesimista acerca del futuro mundial (Fukuyama y los demás teóricos acerca del fin de la Historia recibirán serios correctivos en las digresiones del galo).

Pero su intención, previa al bloqueo que todos, de una manera u otra, sentimos con los atentados del 11-S, era la de demostrar que existen lugares en el Mundo en los que el Mal se ha asentado de manera perpetua y en los que, de llegar o existir ese Fin de la Historia, no es del color de rosa que se nos vendió en un primer momento. Incluso el tipo de guerra preconizado como alejado del mal por

¹ Pensar y provocar es el título de una entrevista que el intelectual francés concedió a Octavio Martí y que apareció en la edición del 14 de diciembre de 2003 del suplemento dominical "El País Semanal" del diario español El País.

Hegel², o la belleza que en ésta encontraba Apollinaire, se ha perdido en otro modo de confrontaciones en las que los hombres mueren y matan sin conocer de ideología o razón alguna (mucho le hace reflexionar esta situación a Lévy, perdiéndose en valoraciones sobre la menos mala de las opciones que se pueden alzar en disputa. Quizá la mejor forma de resumir su argumentación y pensamiento sea la frase [tomada de Malraux] según la cual: “*si hay guerras justas* [el pensador se resiste a creer que todos los conflictos hayan de ser medidos por el mismo rasero, al igual que entiende que un excesivo reduccionismo en cuanto al trato para con las víctimas es insatisfactorio] , *no se conoció nunca ejército justo*”).

En este sentido (altamente comprometido), Lévy se encamina a los lugares en los que la Guerra y el Mal (ambos con mayúscula) reinan con el mayor género de impunidad. Países tan dispares como Sudán, Burundi, Sri Lanka, Colombia o Angola que tienen como punto común su situación de desolación, desesperación y podredumbre. Lugares alejados del pensamiento y la atención del Mundo Occidental (“*En un Tercer Mundo que ya no es una mina de beneficios, sino una papelera de residuos*”) y de los organismos internacionales, donde, de haber llegado a ese Fin de la Historia, el resultado no es, ni mucho menos, el que cabía esperar. Escenarios en los que la vida humana ha dejado de ser relevante, en los que los ojos se encuentran vacíos, en los que las miradas ya no son capaces de decir nada.

Y discrepa fuertemente en su pensamiento de la línea cimentada en virilidad o epicidad que hace que la Guerra sea estimada como el único escenario posible (a expensas del Infierno) para el ser humano. Lévy entiende que es en la Guerra donde el soldado encuentra un camino cercano al del asceta, guerra en la que (alejados de la creencia popular) la habitualidad se centra en la espera y en la inactividad y no en los movimientos o ataques. Es el terreno plagado de esclavos, porque la libertad del soldado queda relegada a un último punto, aquél en el que las órdenes de sus superiores o las peculiares coyunturas y circunstancias anejas le permiten.

Otra fuente de inspiración que surge de la concepción de Bernard-Henri Lévy es aquella que busca la falta de presencia de las que él llama *guerras olvidadas* en el “sin sentido” en que puedan estar sustentadas. La complicación nace aquí, evidentemente, en la situación o posicionamiento que se tome frente a la conceptualización o dotación del sentido. ¿Sentido desde la visión del implicado? ¿Sentido desde nuestra visión occidental? ¿Sentido desde la mujer que, cubierta por bombas y explosivos, es capaz de inmolarse en aras de una mayor gloria futura, de la búsqueda realizada y consagrada de una creencia? El terreno, como puede adivinarse, es sumamente resbaladizo.

Por eso, Lévy apuesta por la rememoración, por no dejar caer en el olvido a todos estos hombres y mujeres que sufren, que se han visto situados en esce-

² *Filosofía del Derecho*. HEGEL. “Existe un elemento moral en la guerra que lo aleja del mal absoluto”.

narios de los que, difícilmente, podrán escapar, lugares donde, como bien apunta, la Filosofía tiene poco que hacer pero mucho que pensar, plantearse y reflexionar (la desazón es manifiesta: *¿Ser sartriano en Bujumbura?*).

Máxime cuando esa Filosofía trata de arrancar la esperanza en el Fin de la Historia. Aquí es donde la prosa de Lévy se hace más cruenta y desgarradora, donde disiente, punto por punto, de la felicidad de los Fukuyama o Benjamín, donde estima que la Historia ha llegado al final en Burundi pero no con la caída del Muro de Berlín: *“El Fin de la Historia no es la felicidad, sino el horror. No es la primera mañana, sino la última. No es la euforia perpetua, sino las llamas del infierno”*. Es el pesimismo de un hombre que ha dormido a cielo abierto mientras las balas y las ráfagas de mortero se adueñaban del ambiente de un Burundi en el que la dualidad “bueno-malo”, “justo e injusto” difiere mucho de estar clara, donde, quizá, esos términos ya no significan nada. Si a todo ello se une el pesimismo derivado de la posibilidad que ese dudósimo “Fin de la Historia” (tan apartado de la idea de Fukuyama) continúe para siempre, Lévy siente como la desesperación crece sin medida ante la pasividad de los Estados Occidentales.

Pero la cadena de “despropósitos”, si se permite, no acaba ahí. Las guerras olvidadas son un caldo de cultivo donde se abre la “amenaza del Islam” (que ha sido la que, durante estos últimos años se ha convertido en el más duro enemigo de la Democracia que se tenía por asentada): *“Y por otro lado, la segunda solución, más terrible pero casi más plausible: el alis-*

tamiento de los olvidados y de su sombría fuerza en la otra guerra, en nuestra guerra, la que parece tener que dar su ritmo a la Historia del siglo que comienza. Su alistamiento, directo o indirecto, en el gran ejército de los que, apoyados en una ideología y en una fe, odian a Occidente con toda su alma y sueñan con destruirlo [...] ¿No está ya demostrado que África, junto con China, es una de las zonas más permeables a la influencia y a la penetración del Islam”.

Ante esa amenaza, que Estados Unidos, por citarnos el ejemplo más representativo, ha ido personificando en sujetos como Sadam Hussein u Osama Ben Laden, Lévy apuesta por una política de desenmascarar al enemigo y luchar contra él: *“Frente al terrorismo internacional y a la terrible amenaza que hace planear sobre las democracias, hay un único objetivo: no taparse la cara, romper con la política del avestruz, aceptar señalar al adversario y dotarse de los medios militares, políticos y morales para vencerlo”*. Puede parecer que el pensador opta por la vía de la confrontación o, al menos, no de la simple espera a la recepción del ataque para su respuesta. Es un tema confuso y complicado pero que ha servido para que muchos incondicionales de Lévy le critiquen una suerte de aburguesamiento y acomodamiento en posturas excesivamente cercanas a la ideología de centro-derecha (recordemos que la figura de Bernard-Henri Lévy camina ligada a las tendencias de izquierdas, sobre todo por la influencia de su maestro Althusser).

Frente al problema de las guerras olvidadas, el francés articula una tríada de operaciones necesarias para mitigar los daños que éstas acarrear: *defender a*

los civiles, sancionar los crímenes de guerra y guerra contra la guerra. En esta última línea de actuación Lévy navega en la importante distinción entre víctimas y agresores y en el papel fundamental que tanto la Justicia como el Derecho han de jugar (existe un Derecho de guerra y es necesario que sus postulados se cumplan, para castigar los excesos y las conductas desviadas aún en las situaciones de conflicto armado).

La idea final del galo es clara. Podemos pensar que el escenario visible (pero apartado) de las *guerras olvidadas* se nos muestra como lo suficientemente lejano como para no tener que mantener una preocupación máxima al respecto.

Sin embargo, y los terribles atentados del 11 de septiembre son la mejor muestra de ello, quizá Manhattan no se encuentre tan lejos de Burundi, quizá esos agujeros negros (donde reina el pesimismo y donde la guerra olvidó ya sus mínimas normas fundamentales) se ciernan sobre Occidente con una rapidez que, difícilmente, podrá controlar. ¿Soluciones? Lévy apunta algunas. Los designios por los que nos llevan los grandes mandataros internacionales parecen revestir otros senderos.

Ángel Olmedo Jiménez

Alumno colaborador del Departamento de
Filosofía del Derecho